

Capítulo 9. Carta N° 9.



Usted es injusta, querida amiga. Yo no tengo la culpa de que la vida sea complicada. Si lo que usted pretende es entenderlo todo inmediatamente, yo le aconsejo otra vez que consulte a los manuales. Allí encontrará usted las cosas bien ordenadas y explicadas. Allí no hay nebulosidad y oscuridades, y sí las hay, el libro se encarga de pasarlas virtuosamente por alto con la observación: éste es un lugar oscuro.

La ciencia oficial es como una tienda de artículos de tapicería. Una madeja está al lado de la otra, hilo, seda, lana, algodón, en todos los colores cuidadosamente enrollados. Si usted tira por el cabo de la hebra puede deshacer la madeja con rapidez y sin esfuerzo. Pero yo me acuerdo muy bien de cuando, en la infancia, le andábamos a las cosas de coser de nuestra madre y se lo revolvíamos todo. Aquello sí que era trabajo, cuando había que desenredar los hilos mezclados, anudados, enmarañados. Muchas veces la única solución era la tijera, que, sin dificultad, cortaba los nudos.

Y ahora piense usted lo que es un mundo entero enredado de esa manera. Entonces tendrá usted -supuesto el caso que usted tenga fantasía suficiente para ello y que no diga enseguida: no, tal cosa no quiero ni siquiera pensarla-, entonces tendrá usted, digo, delante de sí la tarea que le espera al investigador. El lugar de esta tarea está detrás de la tienda, no se ve. Nadie, a no ser obligado, va a ese lugar, donde cada uno tiene un pequeño trozo de hilo en la mano y, a partir de él, trabaja aplicadísimamente. Allí hay disputas y envidias, hay mutuo colaborar y también desesperación, y nunca nadie, ni uno solo, llega al fin. De vez en cuando un hombrecito viene de la tienda y pide un trozo de seda roja o de lana negra, porque una dama -quizá es usted misma- quiere tejer algo bonito. Entonces un hombre cansado, que, precisamente en aquel momento dejaba caer las manos ante lo desesperado de su trabajo, le apunta con la mano hacia un par de metros de hilo que él ha logrado desenredar a base de paciencia y de decenios. El tendero entonces coge una tijera, corta el hilo desenredado y, mientras se va, lo arrolla maravillosamente en forma de ovillo. Y usted lo compra y, con ello, cree conocer un trozo de humanidad. Sí, sí.

Ahora bien, en el taller en cuyo departamento comercial yo trabajo -pues yo no pertenezco al número de los que, pacientemente, durante años, trabajan por liberar un poco de hilo, yo vendo madejas-, ese taller, como digo, está mal iluminado, y la fibra está mal hilada, y, además, en muchos lugares está cortada y maltratada. Yo recibo únicamente pequeños trozos que debo luego anudar unos a otros, muchas veces he de utilizar la tijera, y luego, cuando se trata de venderlo, acontece que la hebra se rompe, o que van juntos el rojo y el negro, el algodón y la seda, en pocas palabras, que propiamente no está la mercancía para ponerla a la venta. Pero yo no lo puedo cambiar. Lo raro es que, a pesar de todo, siempre hay gente que compra tales cosas, gente sin duda de ánimo infantil, a quienes le gusta la variedad y el desorden. Y lo raro es que usted pertenece también a esta clase de gente.

Está bien, ¿con qué vamos a empezar hoy? Con la criaturita, con la pequeña criaturita que aún duerme en el vientre de la madre. No lo olvide usted, lo que le voy a ofrecer está preñado de fantasía. Para mí siempre ha sido un hecho de la vida del niño todavía no nacido especialmente llamativo, a saber, que él está sólo consigo mismo, que no solamente tiene un mundo para él, sino que es un mundo para sí. Nosotros no tenemos ninguna razón para afirmar que el niño está falto de todo interés y de todo entendimiento, al contrario, su situación anatómico-fisiológica nos lleva a suponer que el niño también piensa antes de nacer, como nos lo confirman las madres con las sensaciones que ellas tienen del niño en su propio vientre. Pues bien, si hay que admitir que el niño no puede estar privado de todo interés, entonces creo que hay que decir también que ese interés tiene fundamentalmente como objeto a sí mismo. El feto piensa únicamente

en sí mismo, todos sus intereses se centran en su propio microcosmos. ¿Es de admirar que esta costumbre ejercida por el hombre necesariamente y desde el principio la conserve luego durante toda su vida? Pues todo el que sea suficientemente honrado sabe de sobra que nosotros lo relacionamos todo con nosotros mismos, que el supuesto de que vivimos para otro o para otros no es más que un error más o menos hermoso. Tal cosa no la hacemos jamás, ni un solo momento, nunca. Y Cristo, a quien se remiten los predicadores de los nobles, pero, lastimosamente, falsos e inventados sentimientos de mortificación, autorenuncia y amor al prójimo, sabía todo esto; pues como ideal máximo, como ideal inalcanzable propuso el mandamiento: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Bien entendido, no “más que a ti mismo”, sino como a ti mismo. Y para él este mandamiento se equipara con el otro: “Ama a Dios con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas”. La cuestión es si este mandamiento no se equipara al segundo de amor al prójimo en sentido totalmente diferente, identificándose en cierto modo con él, cosa que yo, por mi parte, creo, y sobre lo que podemos discutir más adelante. En todo caso para él estaba claro que el hombre se ama por encima de todo a sí mismo. A esa charlatanería de los hombres buenos la llamaba farisaica e hipócrita, lo cual es cierto. La psicología actual llama a este instinto del hombre en relación consigo mismo, a este instinto o pulsión, que es exclusivista y que tiene sus raíces en la soledad del niño en el vientre de su madre, narcisismo. Como usted sabe, Narciso, enamorado de sí mismo, acabó ahogándose en el río donde vio reflejada su propia imagen; una maravillosa transmutación poética de la tendencia masturbatoria.

Usted recordará que yo afirmé ya una vez que el objeto del amor del hombre es en primer lugar y casi exclusivamente él mismo. El circuito cerrado de relaciones consigo mismo a que se ve sometido durante nueve meses por la naturaleza es un medio de considerable eficacia para alcanzar este fin.

¿Ha tratado usted alguna vez de ponerse en la situación de un niño encerrado en el vientre de su madre y pensar como él? Inténtelo, por favor. Hágase usted pequeña, muy pequeña, y métase de nuevo en el vientre de donde salió. No es ésta una invitación tan absurda como usted está suponiendo, y la sonrisa con que usted rechaza mi atrevimiento en proponérsela es infantilmente amable y, por ello, una prueba de lo familiar que le resulta este pensamiento. En realidad toda nuestra vida, sin que nosotros lo sepamos, viene gobernada por el deseo de retornar al seno materno. ¡Cuán a menudo se oye la frase: quisiera meterme dentro de ti! Supongamos que a usted le resulta posible retornar al seno materno. Me figuro que uno debería sentirse como quien, después de un día, muy movido lleno de pensamientos y vivencias, de preocupaciones, de esfuerzos y trabajos, de placeres y peligros, se retira a la cama, empiezan a pesarle los párpados y, al fin, se duerme con la suavísima sensación de estar tranquilo y seguro. Sólo que la sensación de la vuelta al seno materno tiene que ser muchísimo más hermosa, más profunda, más suave y tranquila, quizá semejante a aquella que describe un hombre sensual cuando habla de un desvanecimiento o a aquella otra que nosotros suponemos gustosamente en amigos que han sido arrastrados hacia la muerte como en brazos de un suavísimo adormecimiento.

¿Será necesario que diga de una manera expresa que la cama es el símbolo del seno materno, de la madre misma? Sí, e incluso voy aun más lejos con mis afirmaciones. Usted se acordará de lo que le escribí sobre el pensamiento y las acciones simbólicas del hombre: que está sometido al arbitrio del símbolo y que debe obedecer a la fatalidad de su fuerza, que el hombre descubre lo que el simbolizar le obliga a descubrir. Para preservar la apariencia de nuestra semejanza divina ensalzamos nuestros descubrimientos e inventos como obra del poder de nuestro pensar consciente, de nuestro genio, y olvidamos totalmente que la araña ha encontrado en su red un instrumento que no es menos genial que nuestras redes de pescar, y que los pájaros construyen nidos que se pueden muy bien comparar con nuestras construcciones. Es, en efecto, un error alabar la inteligencia humana, atribuirle a ella el mérito de todo el acontecer, pero es un error comprensible, pues se basa en la sensación de omnipotencia que tiene el hombre. En realidad somos instrumentos del Ello, que hace con nosotros lo que quiere, y, por eso, es aconsejable que nos detengamos un poco a considerar los oscuros rasgos de su dominio. Para decirlo con pocas palabras: yo soy de la opinión que el hombre inventó la cama al no poder liberarse de la nostalgia del seno materno. Yo no creo que el invento tuviese como base el estar tumbado de una manera más cómoda y así disfrutar más de su pereza, sino el amor a su madre. Eso sí, a mí me resulta probable que la holgazanería humana, el disfrute de estar en la cama, el seguir acostado

aún muchas horas después de haber amanecido, que todo esto es una prueba de que los más holgazanes, a los que más le gusta dormir, son precisamente los mejores hijos. Y si usted considera que los hijos, cuanto más aman a su madre tanto más deben luchar para librarse de ella, llegará a comprender naturalezas como las de Bismarck o la del viejo Fritz,¹ cuya enorme aplicación y diligencia están en oposición a su grandísima holgazanería. Su trabajar ininterrumpido era una sublevación contra las cadenas del amor filial que arrastraban con ellos.

Esta sublevación es comprensible. Cuanto mejor se ha sentido el niño en el seno de la madre, tanto más profundamente ha de sentir el horror de salir a la luz, tanto más íntimamente habrá de amar el seno que le dio cobijo, tanto mayor ha de ser el terror al paraíso de la holgazanería, del cual podría ser echado una vez más.

Querida amiga, la prevengo a usted con toda seriedad en lo que a continuar la correspondencia conmigo se refiere. La llevo a usted tan lejos -supuesto que me escuche- de todo lo que acostumbran a pensar los hombres serios y prudentes, que luego le va a resultar a usted muy difícil volver a encontrar el camino del buen sentido común. Muchísimos eruditos, gente formada históricamente, han estudiado el alma de Bismarck en todas las direcciones y han llegado a la conclusión de que su madre le importaba bastante poco al canciller de hierro. Apenas habla de ella y, cuando lo hace, parece que suenan a resentimiento sus palabras. Y entonces llego yo y afirmo que la madre ha constituido para él el centro de su vida, que ella era la persona a quien Bismarck más ha querido. Y como prueba presento únicamente el hecho de que nuestro gran hombre anhelaba el descanso y, sin embargo, huía de la inactividad, odiaba el trabajo y trabajaba sin descanso, le gustaba dormir y, con todo, dormía mal. En verdad que es demasiado pretender que a uno le crean en estas cosas. Pero permítame usted, antes de que me trate de ingenuo, que le traiga a cuento dos o tres rasgos más de la personalidad de Bismarck. Su voz era atiplada, cosa más bien llamativa tratándose de un hombre con una masa corporal tan grande. Para mí esto tiene el significado siguiente: algo en este hombre seguía siendo aún niño. Y en cuanto al hecho, ningún observador concienzudo ha dejado de notarlo. Por otra parte, y basado en lo mismo, tengo que decir que Bismarck se enfrentaba al mundo propiamente como el hijo de mamá, una afirmación que no deja de encontrar su apoyo en determinados rasgos del carácter del canciller de “hierro”, que en verdad poseía los nervios de un muchacho. Pero no es necesario recurrir a rasgos caracteriológicos para decir de alguien que tiene una voz atiplada como la suya: esa persona es infantil y un hijo de mamá.

¿Recuerda usted todavía -¡ay, cuánto tiempo hace ya!- que fuimos juntos al Teatro Alemán para ver a Joseph Kainz en el papel de Romeo? ¿Se acuerda usted que nos llamó la atención cómo subía el tono de su voz en las escenas amorosas, que tenía una extraña voz de niño cuando pronunciaba la palabra amor? Más tarde pensé muy a menudo en ello, pues hay muchos que, con todo lo machos que sean, llegando a la palabra amor la pronuncian en un tono elevado. ¿Por qué? Porque ante esta palabra se les despierta de nuevo aquel amor primero, profundísimo, inmarcesible que, como niños, sintieron por la madre, porque de esta manera quieren decir, tienen que decir, aunque no quieren: Te quiero como he querido a la madre, y todo el amor que soy capaz de dar es un reflejo del amor a ella. Para nadie es fácil deshacerse de la madre; ella nos acuna en sus brazos hasta la tumba.

También en otro aspecto se refleja en Bismarck su dependencia de la madre: fumaba mucho. ¿Acaso encuentra usted divertido el que yo vea en el fumar una prueba de infantilismo y de dependencia de la madre? ¿No ha caído jamás en las semejanzas que tiene el fumar con el mamar del pecho de la madre? Usted tiene ojos y no ve. Preste usted atención a estas cosas cotidianas; se le develará a usted más de un misterio, y no sólo con referencia al fumar.

Para mí no cabe la menor duda -y aún podría decir más sobre el asunto-: el hombre fuerte que era Bismarck estaba dominado en lo profundo por la imagen de la madre. Usted conoce sus pensamientos y sus memorias. ¿No le resulta a usted llamativo que este hombre, eminentemente positivo, siente la necesidad

1.- Así llaman en Alemania, familiarmente, a Federico II de Prusia. (N. del T.)

de contar un sueño? ¿Un sueño como aquél en que cuenta cómo con una vara hace saltar en pedazos a una roca que le cerraba el paso en el camino? No es el sueño lo llamativo. Para cualquiera que se haya ocupado lo más mínimo con estos temas es claro que lo que se oculta en este sueño es un deseo incestuoso, es el complejo de Edipo. Lo llamativo es que Bismarck lo cuente. Al borde del sepulcro dependía todavía tanto de la madre que no pudo menos sino dar expresión al misterio de su vida en medio de la narración de sus grandes hechos.

Como usted ve, querida amiga, basta un poco de buena voluntad para acabar descubriendo la imagen materna en cualquier vida humana. Y esa buena voluntad yo la poseo. Si es cierto o no lo que pienso, juzgue usted de ello según su criterio. Pero lo que yo pretendo no es tener razón. A mí me interesa que usted se grave una pequeña regla en su memoria, pues a mí me parece que es de mucha importancia en el continuo tráfico mundano: A quien se reprende se ama.

Preste usted atención qué es lo que los hombres critican, qué es lo que desprecian, qué les produce asco. Detrás de la crítica, el desprecio, el asco, la antipatía, late siempre y sin excepción un grave y todavía no solucionado conflicto. Jamás se equivocará si supone que él odia a lo que alguna vez ha amado y aún ama, que a lo que desprecia lo ha admirado y admira, y que a aquello que le asquea más de una vez lo ha deseado con pasión. Quien aborrece la mentira es, sin duda, un gran engañador de sí mismo; quien tiene asco de la suciedad, para ese tal es la suciedad un peligro seductor, y quien a otro desprecia lo que pasa es que en realidad lo envidia y lo admira. Y tiene un significado muy profundo el que las mujeres -y también los hombres- tengan tanto miedo de las serpientes, pues hay una serpiente que rige a la mujer y al mundo. Con otras palabras: las profundidades del alma, donde descansan las represiones y los complejos, se delatan en la resistencia que oponen a ser descubiertos. Dos cosas tiene que tener en cuenta quien haya de ocuparse con el Ello: las transferencias y las resistencias. Y quien haya de tratar a enfermos, sea él cirujano, tocólogo o practicante, estará únicamente en condiciones de prestar ayuda si consigue aprovechar las transferencias del enfermo y destruir las *resistencias* que opone la censura de su conciencia.

No tengo nada en contra de que usted utilice estas reglas para juzgar y, llegado el caso, condenar a su siempre fiel.

PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck
Volver a Newsletter 24-ex-50